

UNA SALIDA Y NO UNA SOLUCION

● OTRA vez lo de siempre. Cae un presidente del Gobierno, se nombra otro, y lo único que se deja al pueblo, incluso a la clase política, incluso a los mismos interesados, es la sorpresa, el estupor, y hasta un puntillo de incredulidad con las primeras noticias del nombramiento. Nadie ha explicado por qué cesa don Carlos Arias Navarro; nadie ha dado razones de por qué ha sido nombrado don Adolfo Suárez, qué grupos representa, qué programa ofrece. Ni tendrá que dar más explicaciones a nadie, ni presentar un programa a ninguna aprobación. Aquí está, y esto es todo. Lo que cuenta, lo que proponga, será por generosidad suya, o por conveniencia suya, no por obligación. Otra vez lo de siempre... Se pueden cambiar leyes, principios, constituciones: el estilo, la impregnación, cuesta mucho más trabajo de cambiar. Y éste es el estilo: en un momento decisivo, en una época trascendental para la vida de la nación, se cambia un jefe de gobierno y un gobierno entero, metido en una "reforma" que se queda a medias sin ninguna explicación al país.

HUBIERA sido deseable ver abierto un período de consultas. No está claro que la clase política actual sea excesivamente representativa, incluyendo en ella a la misma oposición, compuesta de nombres brillantes, de trayectorias históricas y de infinidad de tendencias, pero sin ninguna confirmación de urnas y en todos los casos con escasez de militantes, y no por su culpa ciertamente, sino porque el juego está destruido. Pero con poca o nula representación, hay sectores nacionales, grupos de dentro y de fuera del régimen, que deberían haber hecho oír su opinión, su parecer, su consejo, antes de esta decisión. Como pasa en las democracias, donde el Jefe de Estado celebra consultas con las figuras políticas del país antes de encargar de formar gobierno a nadie. Pero previamente la crisis se ha producido en un Parlamento, y se sabe por qué: y posteriormente el nuevo primer ministro ha de solicitar su investidura a las Cámaras. Cualquier parecido con este sistema general europeo sería pura coincidencia. Aquí sigue jugando la sorpresa, el misterio.

EN TRE otras cosas, porque no hay mecanismo. De poco le serviría al Jefe del Estado celebrar consultas con nadie, si su elección queda de todas maneras limitada a la terna que le presente el Consejo del Reino, con la capacidad en todo caso de elegir,

como parece que ha sido en este caso, al que menos votos ha tenido (Federico Silva, 15 votos; Gregorio López Bravo, 14; Adolfo Suárez, 12, según informaciones periodísticas). Tampoco le serían útiles esas consultas al presidente del Consejo del Reino, porque en todo caso habría de contar con la votación de los consejeros, de ese misterioso, secreto, hermético organismo, que puede decidir así por sí mismo, dentro de una composición que por el juego de otros mecanismos lo caracteriza como un baluarte del conservadurismo absoluto, el destino inmediato de la nación. Es un mecanismo que se ha dejado así y que funciona así: no puede haber confusiones. Lo cual no evita que para la opinión pública y para la clase política incluso todo haya sido una operación de alta envergadura preparada y lanzada exclusivamente por el Jefe del Estado con la colaboración y consejo del presidente del Consejo del Reino; si hubo consultas, éstas habrán sido puramente personales, privadas. Todo habría salido del círculo interior. Como siempre, como siempre.

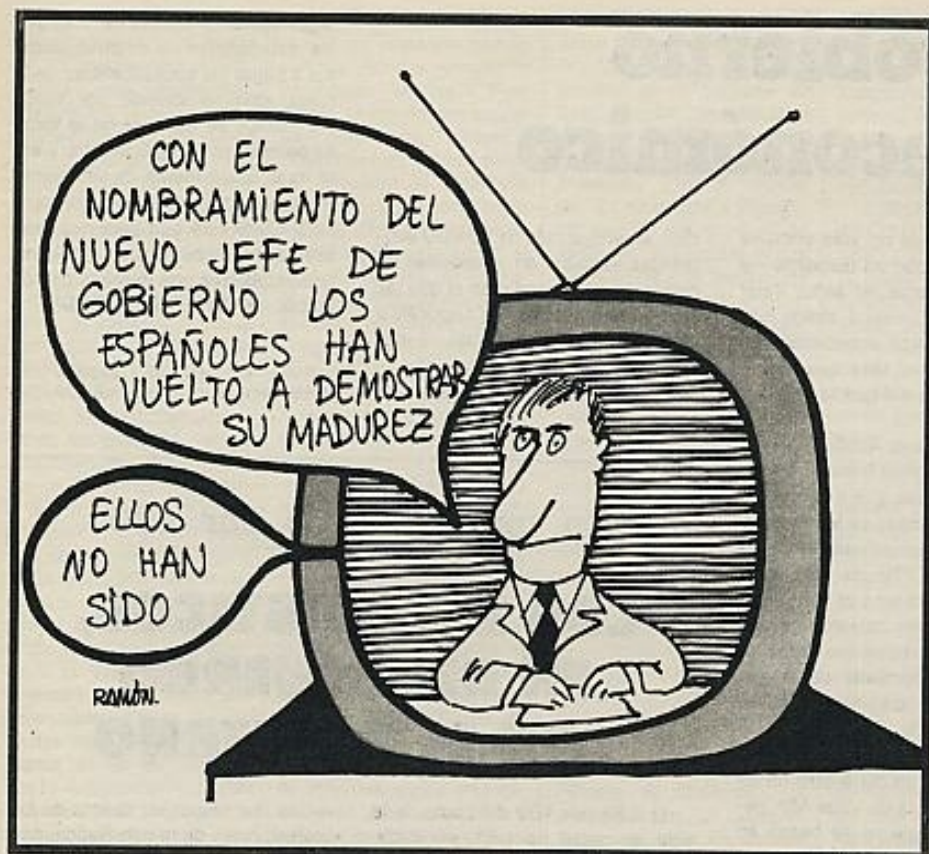
CIERTO que no hacen falta demasiadas explicaciones para justificar el cese de don Carlos Arias Navarro y su Gobierno. La razón la conocemos todos, y algunos la venimos denunciando hace ya mucho tiempo: es un Gobierno que ha fracasado. El respiro que ha dado la Bolsa en la sesión inmediata al cese es una indicación del peso que suponía sobre la economía nacional no ya el señor Arias Navarro, sino el ministro de Hacienda, señor Villar Mir, que ha conseguido la rara meta de disgustar a todo el país, desde el proletariado hasta el gran capital, pasando por los inversionistas extranjeros.

EL señor Arias Navarro no es responsable de su propio fracaso, excepto en el punto de haber aceptado el cargo de presidente del Gobierno, y se ha dicho siempre que lo aceptaba como un sacrificio y como una cuestión de lealtad y obediencia a la Corona. Ese será en todo caso un problema personal, o para su biografía o sus memorias: no tiene valor público. El aspecto público de la cuestión es el de que don

Carlos Arias Navarro ha representado toda su vida una opinión y una acción enérgica contra todo aquello que ahora figuraba traer al país: contra la democracia inorgánica, contra los partidos políticos, contra el parlamentarismo. La incongruencia de que figurase al frente de un Gobierno de reformas democráticas era tan evidente que de su cese sólo asombra que se haya producido tan tarde y que haya sido consecuencia de un nombramiento. Por otro lado, su Gobierno, trufado de vicepresidencias y de personalidades fuertes, no le permitía demasiado ejercer su autoridad más que en muchos casos como moderador: precisamente en un momento en el que más que moderación hacía falta audacia. Sus escasas explicaciones públicas han incidido e insistido continuamente en este carácter de freno, de dar tiempo al tiempo, de no precipitarse... Cuando la vida se estaba precipitando por su parte. Cuando no había tiempo para nada.

DE alguna manera, el rostro más visible de este Gobierno ha sido el de don Manuel Fraga Iribarne. Tenía fama de hombre enérgico, y los adjetivos de "tanque" o de "apisonadora" escoltaban siempre su nombre. Podían compensar lo que le faltaba de finura política. No se ha visto ese brío más que para retener o atacar a la oposición democrática. Sus "reformas" estaban atacadas por la derecha, mientras el señor Fraga ofrecía todo el espectáculo de su energía y de sus invectivas para una izquierda de la que quería huir, con la que no quería aparecer como próximo, precisamente para salvaguardarse de la derecha





que le atacaba. Incluso desde dentro mismo del Gobierno. Es cierto que los obstáculos que tenía que salvar eran muchos y muy graves; pero precisamente para eso estaba don Manuel Fraga Iribarne. La dificultad de aplanar los obstáculos hubiese sido comprendida en cualquier otro ministro, pero no en el señor Fraga. Si no servía para eso, ¿para qué podía servir? ¿Y en nombre de qué podía perdonarse su carácter, su temperamento? Sobre él y sobre el señor Villar Mir cae el fracaso de este Gobierno, en el aspecto más visible. Un Gobierno que en seis meses largos no ha conseguido avanzar un paso, que no ha sabido prevenir los problemas de orden público y que ha dejado desmoronarse la economía no necesita de una gran despedida. Únicamente, dejar constancia del asombro que supone que haya podido durar tanto tiempo cuando se sabía ya que sus posibilidades eran nulas. Pero forma también parte del "estilo" o de la impregnación. No precipitarse aunque todo se haya precipitado y no hacer nunca lo que se está esperando que suceda.

EN los medios de la oposición democrática se da mucha importancia al paso que haya podido tener en esta situación el documento de la Coordinación no aceptando la Ley de Asociaciones como válida para el juego político. El Gobierno habría intentado —se decía— dividir la oposición de forma que parte de ésta hubiera aceptado la legalización que se le ofrecía. Al no conseguirlo, el juego político se quedaba inútil y el semblante democratizador se hundía. Las "reformas" quedaban sin objeto. Unido este fracaso político a la urgencia económica, que requiere adoptar medidas rapidísimas para antes de que comience la temporada, para antes de un septiembre y un octubre que se anuncian como amenazadores des-

de un punto de vista social, habrían determinado la urgencia de la crisis. Quizá la oposición democrática da más valor a la consideración que se tenga de ella desde el poder que la que realmente se tiene. Porque no parece que la solución de la crisis vaya en un sentido distinto de la Ley de Asociaciones que se le ha ofrecido. El nuevo presidente del Gobierno es precisamente el que apareció como responsable de esta Ley en un Pleno de las Cortes en el que precisamente se habría ganado este puesto, según se dice, por la brillantez y la apertura de su discurso. Un discurso que le calificó como el más "aperturista" de los ministros del Gabinete Arias. Un auténtico discurso de presidente del Gobierno, en el que abordó con claridad la cuestión de los partidos políticos por su propio nombre. Pero para presentar una Ley que ha sido maltratada por el Consejo Nacional —no obstante, el señor Suárez consiguió uno de los codiciados y discutidos puestos de "consejero de Ayete", o permanente—, renegada por las Cortes y denunciada por la oposición.

CIERTO que no puede definirse esta Ley como una "Ley Suárez", que procedía de una vicepresidencia para Asuntos del Interior —la del señor Fraga— y estaba mediatizada por un Consejo de Ministros que no respondía a la fisonomía del señor Suárez, y que finalmente debía corresponder a muchas de las reservas del señor Arias Navarro. Es posible que don Adolfo Suárez, con la relativa libertad e independencia que puede tener un jefe de Gobierno en un régimen con la complicadísima mecánica del actual español y con los diferentes grupos de presión que actúan sobre todas las reformas, pueda llegar ahora algo más lejos. Si la crisis tiene un sentido, es éste. Un sentido o una intención no es un logro. Otros nom-

bres habrían podido aparecer como más claros en ese aspecto que el de don Adolfo Suárez, que es también un fiel y eficaz servidor del régimen antiguo, y lo ha hecho con una energía suficiente en los distintos puestos que ha ocupado como para no dejar filtrar nunca los deseos de la oposición, ni siquiera sus nombres, como sucedió en la temporada en que dirigía la radio y la televisión. Pero repitamos que entonces era un funcionario al servicio de un sistema y no un presidente del Gobierno con capacidad para decisiones propias.

LO que parece bastante claro es que don Adolfo Suárez no es un hombre del que se pueda esperar una "ruptura", que proceda enteramente del Movimiento y que ha sido propuesto por el organismo más conservador del régimen antiguo y moderno. Todo ello puede concitar las sospechas más profundas de la oposición democrática, e incluso de los "reformistas", que pueden considerar que se trata de un paso atrás, o, por lo menos, que no se trata de un paso hacia adelante. Ciertamente comparado con el señor Arias Navarro o con lo realizado por el señor Fraga no puede juzgarse aún con esa reserva total.

DENTRO del sistema autocrático y absolutista con que se está procediendo, en espera de otro; dentro de este viejo y cansado juego del secreto, de la sorpresa, de dar la espalda a las opiniones y las necesidades de expresión del país, hay que abrir un paréntesis de espera a lo que haga, más que a lo que prometa —ni siquiera un presidente del Gobierno puede estar seguro de cumplir lo que desea—, de lo que quiera hacer y de lo que se le permita hacer a don Adolfo Suárez. Desde la seguridad de que no va a romper nada y desde la duda de que realmente vaya a poder realizar un pacto válido —no una maniobra, no un juego— con la totalidad de la oposición. El paréntesis de espera puede basarse en el texto de su discurso del 9 de junio en las Cortes, en el deseo de la Corona de que se vaya adelante en lo prometido, en la capacidad política del señor Suárez y en el ímpetu que tiene reconocido.

ESTE paréntesis no impide advertir que tras la esperanza abierta por el cese del señor Arias Navarro y de la caída de su Gobierno, el nombramiento del señor Suárez ha constituido una decepción inicial. Se esperaba algo de más envergadura, una solución en vez de una salida; nos encontramos con lo que puede suponer una salida, pero sin grandes características de ser una solución. Otros nombres podrían haber sido de un respiro mayor en los medios democráticos, aunque quizá hubiesen concitado respuestas importantes en los más conservadores. Y, sobre todo, hubiese interesado ver otro procedimiento. Quizá un tiempo más largo de crisis abierta, pero a cambio de una serie de consultas, de una escucha de la opinión pública por los prohombres políticos y por los medios de expresión. Algo más que una sorpresa: una política. ■